

RICHARD SANDOVAL

La sonrisa de Gladys

*Una crónica sobre la vida
de una comunista*

OCHENTA AÑOS

La luz que proyecta el sol de mediodía deja ver los efectos de la oxidación en el metal. El rostro vaciado, mediante los cortes sobre el fierro, muestra una imagen sonriente. A través de sus ojos y su boca se ven murallas de concreto y rejas sobre tumbas igualmente antiguas. El Cementerio General y su soledad adornan el monumento solo con un puñado de rosas rojas.

Gladys Marín hoy cumple ochenta años, pero hace dieciséis que no vive físicamente. Una pandemia azota al planeta entero y nadie se mueve sin mascarilla en el camposanto, ni en ningún otro punto de la ciudad. Los adultos mayores temen salir y contagiarse. Pero Gladys espera, es decir, esa figura que se alza frente a su tumba.

En la entrada, por avenida La Paz, la radio de un guardia se enciende. Una voz entrecortada autoriza el ingreso de la romería en un día en que el recinto se encuentra cerrado para el público general.

—Comienza la romería hasta la tumba de la compañera Gladys Marín. Doce personas contabilizadas.

El canto de los loros es ensordecedor, y por momentos, es lo único que se oye, además de los saludos cariñosos entre hombres y mujeres que no se ven hace meses o años. Los pasos van al ritmo de la edad y esa mañana de un sol que no logra calentar, en el corazón del mes de julio.

Antes de la cumpleaños, una parada. Tímidos saludos en la tumba de Volodia Teitelboim. Parkas y bufandas protegen las pieles de María Eugenia Puelma, Luis Aranibar, un dirigente de Huechuraba, Gladys Acosta y Mercedes Garay.

Frente al memorial, el grupo hace un semicírculo. Las palabras surgen espontáneas y están colmadas de anécdotas. De cuando Gladys viajaba al norte, a Copiapó, y en vez de alojarse en el hotel que le habían reservado, decidía quedarse con una compañera en la sencilla habitación de una casa en una población. De cuando viajó a hacer campaña a un pequeño pueblo

de la Araucanía y en lugar de llegar a un acto oficial terminó tomando once con cuatro señoras que la fueron a buscar a la plaza. De cuando tuvieron que conseguir manteles en las casas del barrio porque lograron cumplir la loca idea de Gladys de llenar la Plaza Brasil con mujeres comunistas, en una especie de infinita mesa de té Club en una conmemoración del 8M. O de cuando discutía con un destacado economista en televisión, y le preguntó si sabía el precio del kilo de pan.

Nancy, su hermana inmediatamente mayor, dice:

—Para esta mujer, mi compañera, mi amiga y hermana, como a ella le gustaba decirme, hoy día no es un día de sentir dolor porque ella no está; al contrario, debemos sentir una alegría inmensa porque el trabajo que ella hizo toda su vida ya comienza a germinar. Estoy feliz de estar aquí, no podía dejar de venir, hoy día, por todo este tremendo cambio que va a suceder en Chile. Aunque sea la décima parte de lo que proyectamos, vamos avanzando y el triunfo lo vamos a celebrar.

Es 16 de julio, y en Chile se acaba de constituir la Convención Constitucional. El ánimo está por las nubes entre los militantes y simpatizantes de izquierda, y cuando las voces de los asistentes mencionan la palabra “Constitución” los ojos de la mayoría se iluminan. No pueden dejar de pensar en Gladys y sus sueños de transformación radical, antes de morir.

“Gladys estaría tremendamente feliz por lo que ha ocurrido producto del estallido social y de que la presidenta de la convención sea una mujer del pueblo mapuche. Los sueños de Gladys, de cuando ella fue candidata a presidenta de la República, están avanzando, aunque aún no logramos esa unidad tan amplia que ella anhelaba...”, dice una de sus amigas que ahora roza los setenta años de edad.

“En todo ponía tanta pasión, hoy nos falta mucho de su pasión, determinación... Tenía la cualidad de que donde llegaba ella, llegaba al sentimiento de la persona, cuando conversaba, y tenía una forma de relacionarse, un don que hoy se echa de menos... Y cuando había que ponerse dura lo hacía, directa, nunca por las ramas... Nadie es perfecto, no hacemos culto a la personalidad, es reconocimiento a una compañera que dejó

escuela, porque todo lo que está ocurriendo hoy es la sumatoria de muchos años de lucha, incluyendo a gente que ya no está, incluida la compañera. La juventud ha ido aprendiendo las palabras de Gladys, tan oportuna que era en su mensaje, y que hoy es tan vigente como hace veinte años atrás. Nos invitaba a entregarnos a la causa con convicción, con infinita convicción, sin claudicar en nada, con esa alegría permanente...”, destaca otra de las asistentes.

Los minutos pasan, el cantar de las aves es tan pleno que casi no se distingue de las palabras de los oradores. La luz sigue cayendo fría. Un celular se enciende con un discurso de la candidatura presidencial de 1999. En el video, Gladys grita que representa a “los trabajadores”, a “las mujeres”, a “los vendedores ambulantes”, afirma que luchará “por el respeto a toda la diversidad, étnica o sexual, donde la salud y la educación no se puedan comprar”.

Lanza una invitación: “Vamos a ir por las calles de Chile a conversar con el trabajador, con la mujer, el joven, el artista, nuestros hermanos mapuche, a detenernos en cada casa, sindicato, escuela, para decir que alguna vez se pretendió destruir al Partido Comunista y que pese a todo aquí estamos de pie luchando, porque supimos siempre vivir y luchar por el pueblo, y estamos llenos de energías vitales para volver a abrir las grandes alamedas de la libertad y la democracia”.

Las palabras sacan lágrimas entre los doce hombres y mujeres que llegaron a la celebración de las ocho décadas de una mujer que supo mover la voluntad de cientos de miles.

Aflora un grito que desata un coro:

Compañera Gladys Marín:

¡Presente!

Compañera Gladys Marín:

¡Presente!

Compañera Gladys Marín:

¡Presente!

Ahora, y siempre,
hasta la victoria final,
siempre.

“Muchas veces hemos sido menos, tres, cuatro, cinco frente a su tumba, pero queremos decirte que seguimos avanzando, los comunistas seguiremos en la primera línea y transformaremos el mundo que dejaste, por un mundo mejor...”, es la promesa final.

*

La radio del guardia que espera el fin de la actividad, retirado algunos metros atrás, se vuelve a encender. Con su mano derecha sube la antena del aparato y se lo lleva a la boca.

—La romería ha finalizado. ¡Honor y gloria a la compañera Gladys Marín y a toda su historia!

Toda su historia.

Una existencia imposible de resumir, pero que puede, no sin mucha dificultad, contarse a partir de los retazos, imágenes y escenas que dejó marcadas en el diverso y amplio pueblo de un país profundamente suyo.

Una historia que es un furibundo viaje a las heridas y glorias más decidoras del último siglo de Chile y que, a continuación, se refleja en un intento por descubrir sus paisajes y sentimientos menos explorados. Los rincones ocultos de una vida que no ha parado de inspirar.

CIERRA LOS OJOS

La inocencia que persiste, con porfía, en los cuerpos de los adolescentes, quienes tambalean entre la candidez infantil y el crecimiento torpe de sus cuerpos, hará imposible que Álvaro rechace la petición de la tía Marta. Mucho menos que intuya que quien respirará, nerviosa, a centímetros de su cara, es la mismísima mujer que vive entre las imágenes y los aromas de una infancia feliz y las añoranzas de un futuro incierto, esa historia que comenzó aquella mañana en la que cambiaron para siempre las vidas de todos los chilenos, durante septiembre de 1973.

Álvaro dirá que sí, sin lugar a dudas, casi como obedeciendo a una orden política. Como avezado militante, a sus tímidos catorce años. Son los vientos que soplaban los que lo hicieron madurar antes. Para él y miles de niños que crecieron bajo la dictadura de Augusto Pinochet, un paso en falso, una desobediencia tonta o un desdén cualquiera podía transformarse en muerte y desaparición; luego, esto acabaría siendo una lucha entre la búsqueda y la agonía de quienes no encuentran consuelo.

“Con la tía Marta yo era muy obediente, uno ya sabía que tenía que cuidarse. La dictadura nos hizo madurar muy temprano a algunos niños. Sabía que tenía que hacerle caso nomás”, recordará Álvaro décadas después del episodio. Una reacción pudo haber puesto en jaque su vida, tal como ocurrió con su padre en los meses más duros de la represión.

Corren los últimos años de la década de los setenta y en Santiago se ha inaugurado el parque de entretenimientos Fantasilandia, todo un lujo para la época. El Metro comienza a conectar tímidamente el centro con la periferia de la ciudad, y la televisión a color divierte a los miles de hogares que reemplazan la verdad oculta de los crímenes y torturas del régimen por bailes, risas y concursos de cantantes desafinados. Pero lejos de los estudios de *Sábados gigantes* o del *Japping con ja*, y de la adrenalina que conocerán los niños que van a gozar de las montañas rusas del Parque O’Higgins, comienza en las tierras más lejanas, en 1978, una guerra entre países vecinos.

El conflicto diplomático entre las dictaduras de Chile y Argentina, que se disputan la hegemonía territorial sobre el canal Beagle, ha escalado a su máximo punto de tensión. Mientras allende los Andes las tropas se despliegan a la zona austral, preparadas para incluso atacar a la ciudad de Punta Arenas en caso de que Chile responda a su inminente ocupación de las islas Evout, Barnevelt y Hornos; los hombres de Pinochet se acuartelan en grado máximo para defender una soberanía anteriormente ratificada por la corte *ad hoc* conformada para dirimir el diferendo. Solo la providencial intervención del papa Juan Pablo II impidió el derramamiento de sangre.

Pero más allá de la disputa con una fuerza externa por un pedazo de tierra, el derramamiento de sangre continuaba en las calles grises de una nación políticamente aprisionada, lejos de canales e islas abandonadas. Y la sangre no era de ejércitos amenazantes.

Entre las cientos de ejecuciones, torturas y desapariciones en contra de militantes y simpatizantes de izquierda, el Partido Comunista de Chile lo había pasado particularmente mal. Al final de la dictadura, se contarían en más de quinientos los hombres y mujeres de sus filas que fueron asesinados o secuestrados. De entre ellos, simbólicos son los casos de los integrantes de la dirección avasallados por los órganos represivos. La DINA, a través de su Brigada Lautaro, apresó uno a uno a las y los dirigentes del Partido desde el interior de la casa de seguridad ubicada en la calle Conferencia 1587, al surponiente de la comuna de Santiago.

La práctica de allanamiento y detención ocupada es conocida en el sistema represivo de la época como “ratonera”. Así cayeron sobre la vieja casona de un piso y amplio frontis de la periferia capitalina. En la operación, que marcaría a fuego a la sensibilidad comunista de fines de época, perderían la vida entre mayo y diciembre de 1976, luego de pasar por centros de tortura y exterminio, Víctor Manuel Díaz, subsecretario general del Partido, Fernando Ortiz, Waldo Pizarro, Mario Zamorano, Uldarico Donaire Cortez, Jaime Donato Avendaño, Elisa del Carmen Escobar Cepeda, Fernando Lara Rojas, Lenin Díaz

Silva, Marcelo Concha Bascañán, Eliana Espinoza Fernández, César Cerda Cuevas y Jorge Muñoz Poutays.

Jorge Muñoz es el padre del adolescente Álvaro que, a partir de esta experiencia y los múltiples relatos y especulaciones sobre cómo cayeron sus familiares, sabe perfectamente que cuando su tía Marta le diga que se tape los ojos, donde y cuando sea, se los debe tapar nomás.

Porque de lo contrario, alguien puede morir.

La tía Marta se había convertido en una especie de segunda madre para Álvaro y su hermano Rodrigo, y en los hechos, era el vínculo entre los niños y la mujer exiliada que desde el frío inabordable de la Unión Soviética imaginaba los rostros de sus hijos, la forma de sus cuerpos en crecimiento, las barbas que quizás habrían salido, las voces con sus gallos y sus cambios antojadizos desde las gargantas púberes.

Entonces, Marta habla.

—Álvaro, cierra los ojos, porque hay una compañera que tiene que salir y tú no la puedes ver.

Álvaro asiente y le dice a su tía que sí, que ya los tiene cerrados, que no hay problemas.

—Pero no los vayas a abrir, no los abras.

Entonces ocurre el milagro. El milagro para la mujer que está enfrente, mujer que Álvaro jamás imaginó quién podría ser. El joven obedece. Ha asegurado que aunque la tentación lo invite no los abrirá.

Gladys Marín Millie, después de tantos años, ahora puede mirar a su hijo. Con rapidez, mira su rostro tratando de guardar la imagen: camina rauda, seguramente deseando tocarlo, hacerle cariño. Son segundos, pero también un milagro, cuando la vida clandestina obliga a evitar la familia para protegerlos.

El milagro ocurrió en el centro de Santiago, donde Álvaro visitaba frecuentemente a su tía Marta.

Tuvieron que pasar muchos años después de la guerra contra el pueblo de Chile para que ella, la tía Marta, le contara la verdad.

—Sí, Álvaro, esa mujer era tu mamá. Era Gladys.

ALGUNOS AÑOS ANTES

En 1983, los cercanos al kinesiólogo Max Santelices sentían que estaba muerto. Vivía, respiraba, caminaba, trabajaba, pero en el fondo, realmente estaba muerto. Por dentro. Físicamente a Max no lo mataron, pero sus ojos ya habitaban el mundo como si estuvieran en otra dimensión.

A quien sí mataron fue a la compañera de Max, la tecnóloga médica que a fines del duro año 1976, el peor para el comunismo chileno en dictadura, continuaba ejerciendo labores de enlace para las dirigencias que trataban de salvar a la colectividad luego del asesinato y desaparición de dos de sus máximas estructuras.

Pero Reinalda —enlace entre los dirigentes Eliana Ahumada y Fernando Navarro—, capturada por la DINA en la esquina de Exequiel Fernández con Rodrigo de Araya, cuando esperaba tomar una micro para un control médico, no estaba sola. En su vientre, a las 20:30 horas del 15 de diciembre de 1976, cargaba con un pequeño de cinco meses de gestación. Ni por eso la respetaron los funcionarios del Estado que con ella también se convirtieron en criminales.

Como mostró la investigación del periodista Javier Rebolledo en su libro *La danza de los cuervos*, Reinalda fue trasladada al cuartel secreto Simón Bolívar, donde los hombres de Manuel Contreras la torturaron sin la mínima consideración por su estado. Tendida sobre la “parrilla” —como se nombrara a la cama metálica sobre la que se amarraba a los detenidos para la aplicación de vejámenes—, Reinalda solo pedía clemencia por su bebé, sin jamás ser escuchada, hasta terminar pidiendo su propia muerte, acongojada por el dolor y el fin de sus energías.

En el libro de Rebolledo se recoge el relato de Jorgelino Vergara, conocido como el “Mocito”, que llegó al cuartel Simón Bolívar con solo dieciséis años luego de trabajar como mozo en la casa de Manuel Contreras. Vergara, que compartía labores como servir tragos o cafés durante las sesiones de

tortura con las de un centinela que custodia labores militares, contó que “a esa mujer la torturaron brutalmente, y ella clamaba para que pararan porque decía que estaba embarazada. La teniente Calderón chequeó que eso era efectivo, pero igual el capitán Barriga siguió con las torturas y la corriente. Estaba en muy mal estado y empezó a pedir que la mataran. Lawrence fue a buscar una sartén y la golpeó. Al mismo tiempo, Barriga efectuaba simulacros de ejecución con una pistola vacía sobre la sien de la mujer. Murió unas tres horas después, en el gimnasio del cuartel. La teniente Calderón le inyectó cianuro en la vena para asegurar su muerte”.

*

Para 1983, con la presencia de la muerte habitando sus ojos, el kinesiólogo Max Santelices seguía buscando a su compañera y su bebé, imaginando las posibles características de su desconocido rostro en las noches de desasosiego. Buscaba incluso en las calles de la ciudad, quizás alzando la vista para escudriñar al interior de los coches movidos por jóvenes padres, a un niño que pudiera ser el suyo, o tal vez a una niña, amparado en la esperanza de que a su hijo o hija la hubieran robado, como ocurrió en Argentina con los bebés de los secuestrados y desaparecidos.

A ese Max, marcado por el luto y sostenido en la ilusión precaria, visitó Álvaro Muñoz Marín en 1983, en un centro médico ubicado en José Domingo Cañas con Marathon, en la comuna de Ñuñoa, donde se atendían sigilosamente los familiares de tantos militantes de la izquierda perseguidos y apresados.

Álvaro, que siempre estuvo vinculado a los deportes, tenía una característica: era mucho más alto que sus compañeros. Por eso no fue sorpresa para Max que lo visitara lesionado con un esguince en el tobillo por jugar básquetbol. Pero hubo una ocasión en que la kine sería eclipsada por dos mujeres, cuyas siluetas y colores Álvaro jamás olvidaría.

Luego de la sesión, el joven deportista iba bajando hacia el primer piso del centro médico, con cuidado y lentitud. Sabía

que si apuraba el tranco el dolor haría imposibles sus pasos y quería llevar de la mejor manera su recuperación. Entonces aparecieron las dos mujeres frente a él. Estaban abrigadas, ambas llevaban como atuendo largos abrigos con el color de la piel de un camello.

Una de las dos mujeres le pareció conocida, la había visto en ocasiones junto a su tía Marta. Le nació natural, entonces, saludarla, entre la seguridad y la timidez.

“Hola”, dijo Álvaro. Y la respuesta lo descolocó.

En lugar de interactuar, la mujer metió rápidamente las manos en sus bolsillos y con brusquedad le tapó la cara a su acompañante con su abrigo. Como era más bajita, la cubrió completamente. Se dieron media vuelta y desaparecieron.

Esa mujer era Gladys.

Gladys Marín sabía que no podía cruzar miradas con su hijo, a quien reconoció inmediatamente por la voz al saludar. Su compañera, que lógicamente también identificó al muchacho, la tapó completamente, para que en lugar del rostro de su hijo, quedara mirando nada más que un abrigo de piel. Actuó con toda la rapidez que exigía la situación.

No tenían otra chance que el ocultamiento.

Es que con los años, luego del desastre de 1976 —el año en que murieron el padre de Álvaro y la esposa embarazada del kinesiólogo Max Santelices—, los comunistas extremaron las medidas de seguridad en la vida clandestina.

Como constata el periodista Andrés Scherman en su investigación sobre Reinalda Pereira para *Los casos de la Vicaría* —las historias reales que inspiraron la serie de televisión *Los archivos del cardenal*—, “en el futuro en el PC aprenderían que los dirigentes clandestinos debían cortar todo contacto con sus familias, no realizar reuniones en un mismo lugar, compartir la información y poner en marcha técnicas de chequeo y contrachequeo para descubrir si eran seguidos por los aparatos represivos”.

Tal como ocurrió con el encuentro de los ojos cerrados, debieron pasar años para que Álvaro se enterara de la verdadera identidad de la misteriosa mujer del abrigo de piel.

Pero otra vez lo entendería.
—Ella no quería que nos pasara nada.

*

En su box de consulta, en tanto, Max Santelices —quien al momento de la detención de Reinalda también era parte de la estructura clandestina del PC— continuará con su sobrevida y su búsqueda incansable. Acompañado siempre de un cigarrillo en los labios, se encadenará en el Palacio de Tribunales, participará en la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y jamás logrará reconstruir su vida, como reconocen sus amigas en la crónica de Scherman. Hasta que en 2005 le diagnosticaron un cáncer que le causó la muerte, en 2007.

Su historia de tragedia y lucha está retratada en uno de los capítulos de la serie *Una historia necesaria*, del realizador Hernán Caffiero, que en 2018 ganó un premio Emmy.

LOS DÍAS FELICES

En la enseñanza básica, Álvaro era de esos alumnos que desordenaba el curso, aquel al que todos tenemos en mente a la hora de pensar en los recuerdos más alborotados de una antigua sala de clases, donde los murmullos del fondo se confunden con los gritos de las correrías infantiles; tanto así, que un día citaron a su apoderada para tratar el tema de su conducta incorrecta.

Así es como se presenta la diputada Gladys Marín a dar la cara por su niño frente al profesorado de la Escuela 48 de Ñuñoa. Luego de escuchar las reprimendas, viene el sermón, que en realidad está lejos de asustar a un Álvaro a quien Gladys nunca conminó a ser un ejemplo de quietud y obediencia.

—Pórtate bien con tus compañeros, hazles caso a tus profesores —recomienda Gladys a su travieso hijo menor.

“Yo era el más cochino y desordenado, mientras mi hermano Rodrigo era más reposado, tranquilo. Pero los dos éramos buenos alumnos”, recuerda Álvaro sobre los días más luminosos de su vida junto a Gladys y Jorge, en la década de los sesenta e inicios de los setenta, creciendo en medio de una familia que convocaba a decenas de amigos, jóvenes de todo Chile que pasaron por una casa que de alguna manera simbolizó la lucha de una juventud comprometida con transformaciones sociales, con Gladys como referente que poco a poco fue transformándose en un ícono, como lo registra la prensa, los diarios, los libros de la época.

El popular columnista y escritor Eugenio Lira Massi, en su libro *La Cámara y los 147 a dieta*, cuenta quién era Gladys Marín a partir de 1965, el año de su primer triunfo electoral como diputada de las Juventudes Comunistas, representando al segundo distrito de Santiago, que por entonces comprende las comunas de Renca, Conchalí, Recoleta, Independencia, Colina, Tiltil, Talagante, Curacaví, Quinta Normal y Barrancas.

Con apenas veintitrés años, Gladys era “todo entusiasmo, todo nervio, toda energía”. En la Cámara, Gladys estaba “en

su salsa. Siempre debía andar vestida con falda azul marino y pañuelo rojo al cuello porque es imagen misma de la actual Juventud Comunista. Trabajadora, disciplinada, capaz de cualquier sacrificio por su Partido. Vive caminando de un lado para otro. De una población a otra. Con los pies metidos en el barro, pisando los alfombrados despachos de ministros para exigir solución a los problemas de los pobladores”.

Lira Massi destacaba también dotes propios de su juventud: “Joven y atractiva no pudo resistir la tentación de aclararse un poco el pelo e ir dos veces por semana a la peluquería. Bastó que un diario hiciera mención de esta «coquetería burguesa» para que inmediatamente dejara de hacerlo”.

El autor, que pasaría a la historia como una estrella de la época dorada de los diarios *Clarín* y *Puro Chile*, cierra destacando una característica que acompañará por toda su vida a Gladys: “Como agitadora es de primera serie. Los carabineros han tenido que bajarla a empujones de los carros celulares para no llevarla presa. No hay revuelta estudiantil en que no esté metida. Se pasa las noches enteras sacando en libertad detenidos y al día siguiente, tempranito, ya está lista para asistir a una concentración, a la Cámara, a una población o a una marcha de solidaridad con cualquier cosa”.

Es esta la Gladys que aparece en los primeros recuerdos que Álvaro tiene de su madre. Gladys figura en la casa de Gamero, donde viven un par de años antes de mudarse a la calle Cervantes, en Ñuñoa. “Verla llegar, desde lejos, para correr y abrazarla. recuerdo cómo nos abalanzábamos. Corríamos, jugábamos en la calle. Así nos fuimos dando cuenta de su trabajo”.

Rodrigo, dos años mayor que su hermano, agrega: “Yo nací en Gamero, a media cuadra de Independencia. Ahí fue mi primera infancia. Era una casa con poca luz, un pasillo central y a los costados las piezas. Una casa antigua, sin un patio grande, pero con una gran higuera. Atrás había un patio chico; no había flores”.

Con sus padres casi siempre ocupados en tareas políticas y partidarias, ir de visita a la casa de los abuelos paternos se volvió un hábito de infancia. El regaloneo de la abuela Juanita

era una costumbre. “Íbamos donde la Juanita. Las galletas eran algunas de las cosas que nos compraban y hacían. Yo era bien regalón de ella. Me quedaba varios días en la casa de Simón Bolívar, donde ahora hay edificios de departamentos grandes”, recuerda Rodrigo.

*

De rostro alargado, con una expresión diferente a la que tomó luego de la clandestinidad —cuando tuvo que transformar su cara y cuerpo incluso con intervenciones quirúrgicas—, Gladys es una muchacha que llama la atención. Sus cejas marcadas y bien definidas sostienen los ojos delineados que acompañan una amplia sonrisa en una mandíbula tajante.

Pero no es solo su juventud lo que llama la atención entre los salones institucionales y las oficinas partidistas; también impacta la audacia con que desafía las añejas formas conservadoras del vestir.

El historiador del Partido Comunista, Rolando Álvarez, remarca la influencia que su forma de ser —e incluso de vestir— tiene en la Juventud militante que crece en ese momento, aquella Juventud siempre respetuosa de la ceremoniosidad de la hoz y el martillo.

Gladys, dice Rolando, “es una figura que llega a rejuvenecer al Partido que a principios de los años sesenta cuenta con una Juventud pequeña, masculinizada y «adultocentrista». En una colectividad que aún carga con las marcas oscuras de la vida en clandestinidad a la que la sometió Gabriel González Videla, es novedoso el estilo y la mística que incorpora el liderazgo de Gladys Marín. «Una cultura juvenil revolucionaria atractiva para la época», que trabaja toda la semana en virtud de las necesidades del Partido”.

Así se instalan los “jueves proletarios”, en que los jóvenes asisten a las fábricas a trabajar con los obreros, los sábados de propaganda para difundir las ideas socialistas en las calles, o los domingos en que, sagradamente, el despliegue consiste en vender el diario *El Siglo* —ya conocido como el cañón de largo

alcance, por su capacidad de recorrer todo el territorio nacional incluso bajo la clandestinidad— en cada rincón del país. “Todo eso lo mueve Gladys”.

Es esa Gladys la que provoca escándalo en los militantes más añosos, muchos de los venidos de las extintas oficinas salitreras del norte, quienes no pueden comprender cómo la líder de la juventud usa una minifalda en su día a día. Como describe el ya citado Lira Massi, el atuendo también hace noticia en los pasillos de un Congreso, donde

muchos parlamentarios jóvenes que, cuando ella está hablando acaloradamente en la Cámara, se dedican a mirarle las piernas, han comentado que de mil amores la invitarían a comer y luego a bailar en democracia. Pero tienen miedo de que durante el aperitivo o al ritmo de un pata-pata, Gladys Marín les suelte un discurso sobre la lucha de clases, les saque a relucir la problemática del proletariado y, aprovechándose de las condiciones objetivas, les eche en cara los porfiados hechos.

Sin embargo, para pesar de los viejos comunistas escandalizados por un estilo audaz y no quitado de bulla, las muchachas comunistas que ingresaban a raudal a las filas revolucionarias, comienzan también a atreverse a vestir con prendas como una minifalda, enfrentándose a los prejuicios, motivadas por el liderazgo de Gladys, hasta convertir en habitual una manera de ser joven y libre, de risa estruendosa, que otrora hubiese sido difícil de sostener.

A Ernesto Ottone, militante comunista que en los años setenta se convertiría en fundamental para denunciar las violaciones a los derechos humanos desde el exterior, como presidente de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, lo primero que lo cautivó al conocer la personalidad de Gladys fue que “no era una monja comunista”.

Ottone, quien décadas más tarde cortaría todo vínculo con el Partido y llegaría a encabezar el equipo de asesores del presidente Ricardo Lagos, desde La Moneda, ingresó a las filas del comunismo a comienzos de 1968, a partir de su destacada trayectoria en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Con una temprana inquietud intelectual, Ernesto —como lo llama Gladys, con respeto y cariño—, siempre tuvo “una muy

buena relación con los comunistas. Los veía como reflejo del PC italiano, intelectualmente muy fuertes. Era un partido con peso intelectual y obrero, muy ordenado. A mí me cargaba el MIR, que tenía una manera de ser más caribeña”.

Conquistado tempranamente por la dirección de la Jota, por su carácter de líder intelectual al interior de una universidad más bien de élite, lejana a las redes del comunismo, Ottone se acercó con mucha confianza y complicidad a Gladys. “Me pololearon”, recuerda el sociólogo sentado en su despacho, rodeado de la docena de libros que ha escrito en las últimas décadas, repasando su historia comunista y criticando con fuerza el ideario marxista que ha sostenido diversos proyectos políticos en los más variados Estados del mundo.

Conocí a Gladys en un acto, era muy simpática, de sonrisa amplia. Le gustaba vestirse bien, caminar con sus tacos; era una mujer como cualquiera otra, no era una monja comunista. Con su liderazgo, la Jota dejó de ser una Jota de monjes, pasó a ser una Juventud alegre.

*

Otra mujer que marcó la historia del Partido Comunista chileno es Mireya Baltra. Hija de suplementeros en el centro de Santiago, su destino estaría marcado por el papel y la tinta. Ya en 1954, se instala con su propio negocio de venta de periódicos, en la esquina de Matías Cousiño con Moneda, a pasos del palacio en que reside el máximo poder de la nación.

Según recoge la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, Mireya comparte sus labores como vendedora con su pasión por escribir. “Fue reportera de la revista *Vea* entre 1948 y 1950, y luego columnista del diario *El Siglo*, entre 1950 y 1953. «La mujer como fuerza política» fue el primer artículo que entregó a este diario. También escribió en *El Espectador* y *La Última Hora*”.

Lo que Mireya no imaginó es que con el paso de los años y su ascendencia al interior del Partido Comunista se convertiría en un personaje histórico, al asumir cargos tan relevantes como

regidora por Santiago, diputada de la nación e incluso ministra de Estado, al asumir la Secretaría del Trabajo durante el Gobierno de Salvador Allende, en 1972. Con el paso de las décadas, ha sido ampliamente reconocida como una de las primeras obreras en llegar a ocupar una responsabilidad de tan alto nivel en la República chilena.

Desde su rol en el Congreso y el Partido, Mireya Baltra contempla la manera de desenvolverse de Gladys Marín, anclada siempre en la vibración y encanto de su juventud.

En el Parlamento, Gladys discutía, pero a nivel de ideas. Tenía un estilo no combativo en lo físico, a diferencia mía y de la “Negra” [Carmen] Lazo. La Gladys era muy femenina, tenía una coquetería natural y distinguida. Le gustaban las faldas sobre la rodilla y la Julieta Campusano le decía que tenía que taparse. No era de boutique, pero era muy cuidada en el vestir. En esa época íbamos a los baños turcos y la convencí de que se cortara el pelo escalonado y me hizo caso. Después andaba toda arrepentida diciendo que se parecía a *Una muchacha italiana viene a casarse*. Yo, en cambio, aseguraba que era la Gina Lollobrigida.

Mireya Baltra recuerda a su compañera, según consta en los archivos del Centro de Estudios Miguel Enríquez, como una mujer con “un gran sentido del humor, pero a su vez cierta timidez. Fue de pocos amigos, de afectos íntimos, porque tenía un cuidado y un resguardo muy grande de su ámbito privado”.

No pasaría mucho tiempo, después de sus primeros años de aventuras y batallas en la Cámara y las calles, para que asomara, en los campos y ciudades del país esperanzado, la sombra militar anunciando la tragedia.

En el encierro, Mireya y Gladys se volverán a encontrar.

*

Pero para el pequeño Álvaro la mujer que rompe esquemas y envalentona a miles de jóvenes ilusionados con la transformación social es solamente su mamá. Una delgada y menuda mujer de pelo largo y voz aguda, casi chillona.

Mientras juega con su hermano Rodrigo, Álvaro ignora que en el período de conducción política de su mamá, la Juventud

del Partido pasa de veinte mil a noventa mil militantes, convirtiéndose a la Jota en la principal fuerza política juvenil del país.

Bajo el cuidado diario de Ofelia Hernández Concha, la Nanita, que también crio a las cuatro hermanas Marín Millie, Álvaro y Rodrigo viven con la normalidad con que lo hace cualquier otro niño del barrio. Juegan con Cecilia, hija de la Nana, que tiene la misma edad de Álvaro. Corren, gritan y ríen junto a la araucaria que es la razón por la que viven aquí; pues Gladys eligió esta casa de calle Cervantes —comprada a crédito a través de una Caja—, en Ñuñoa, porque tenía una araucaria, una higuera y un limón. “Lo demás me importaba un pito”, dirá con el tiempo en entrevista concedida al escritor Roberto Merino.

Solo a veces, cuando las imágenes son decidoras, recuerdan la relevancia de su mamá en las calles de una ciudad enfervorizada.

*

Una noche, Gladys tarda en llegar a casa. Son más de la diez y no ha dado luces de su paradero, generando inquietud en sus hijos que la esperan para irse a dormir. La incertidumbre ante la situación va en aumento cuando, de pronto, Gladys aparece caminando a duras penas, rengueando incluso. Rodrigo echa un vistazo a sus pies y descubre que la mamá avanza con un solo zapato. Es un zapato de taco aguja, como los que usa diariamente, por lo que el cojear se hace más evidente. La razón de la pérdida del zapato refleja exactamente el carácter de la diputada.

En medio de una manifestación, un protestante forcejea con un carabinero decidido a la detención. Al percatarse de la situación, Gladys decide intervenir, y al no encontrar ningún objeto para hacer retroceder al policía, se agacha y se saca uno de sus zapatos. Luego, lo toma de tal forma que el taco aguja se convierte en un arma precisa para golpear al carabinero que no quiere soltar al compañero en riesgo. Le da una y otra vez hasta

que logra obtener la libertad del hombre tras un tenso forcejeo que deja su zapato inservible.

Ahora, la diputada debe volver a casa con un pie descalzo, pero feliz y satisfecha.

“Desde esa época, desde que era niño, ella estaba metida en las protestas y yo la recuerdo así. Siempre estaba en la primera línea”, dirá tiempo después Rodrigo.

*

La pelota es de plástico. Los arcos son dos piedras grandes separadas por tres pasos de niño. La calle Cervantes no tiene salida, por lo que se convierte en una cancha ideal para jugar al fútbol entre los vecinos que lleguen. Hace poco se celebró en el país el Mundial en que Chile alcanzó el tercer lugar, y los nombres de los ídolos de la selección todavía sirven para que los niños asuman gloriosas identidades prestadas. Los autos son escasos en el barrio. Los partidos casi nunca se interrumpen, salvo para saludar al papá que viene llegando del trabajo. Es lo que hacen Álvaro y Rodrigo cuando Jorge llega caminando a casa. Luego del abrazo a papá, la pichanga continúa hasta que cae el sol.

Es la rutina de casi todos los días, cuando el tiempo lo permite, compartida por el balanceo en el columpio hecho con neumáticos en el patio de la casa, junto a los tantos árboles que acompañan a la araucaria de Gladys. Merodeando por el patio, el perro Chocolate, un regalón leal que acompaña a los muchachos mientras los papás trabajan.

Rodrigo siente que sus papás, pese al poco tiempo que a veces tienen para compartir en familia, son muy buenos. En la semana, poco los ven; a veces, solo cuando llegan a sus habitaciones a dar el beso de las buenas noches. Álvaro, apodado “Guatón” con cariño, sabe que su mamá siempre está muy ocupada, y que no es una madre de arrumacos, pero sí de echar la talla, de mucha risa y de hacer, de vez en cuando, ricas onces para disfrutar en familia.

Pero los fines de semana, cuando se puede, tratan de hacer cosas entretenidas para salir de la rutina. Más que salir a comer, privilegian el contacto con la naturaleza. Van al zoológico, salen a correr, a hacer actividades físicas en grupo.

Así, los niños han podido conocer el Cajón del Maipo, por ejemplo, junto a las familias de la tía Silvia y la tía Nancy. Tardes completas corriendo con las primas por las laderas de los cerros. Gladys, Jorge y sus amigos buscan siempre casas campestres en sectores rurales, rústicos. Buscan lugares especiales, algo escondidos, como en la cordillera de Lonquimay.

En estos viajes, Jorge se preocupa de preparar panoramas entretenidos. Arma largas caminatas para aprovechar de conversar, de enseñar cosas básicas de cultura y conocimiento a sus hijos y sobrinos. Son imborrables las imágenes de Jorge apuntando al cielo para mostrar las constelaciones, los nombres de las estrellas, el poder del universo sobre ellos.

En esta ocasión, debido a sus actividades, Gladys se suma después al paseo, pero no lo hace sola. Llega con una torta inmensa que provoca múltiples risas y expresiones de alegría entre los niños y niñas exhaustos tras todo un día moviéndose de un lado a otro. La imagen quedará en la memoria de Rodrigo como uno de los momentos más felices de una infancia marcada por la tierra y las andanzas.

*

Si bien todos coinciden en que el carácter de Álvaro es más rebelde e impetuoso que el de Rodrigo, quien se destaca por ser más sensible y sereno, no solo el menor de los niños de la casa ha cometido una falta en el colegio.

En plena Unidad Popular, Rodrigo roza los diez años de edad, y no está ajeno a caer en la tentación de hacer alguna maldad para provocar las risas de la sala. La política de la alimentación complementaria del Gobierno de Allende es un éxito en las escuelas públicas del país. Pero la leche en polvo que se reparte a los niños y niñas viene al interior de un paquete de

papel resistente que se convierte en una tentación muy peligrosa cuando lo que se quiere es sacar carcajadas.

Al terminar de entregar el alimento a todos los niños del curso, muchos comienzan a comer con la mano, dando pie a travesuras que siempre se pueden salir de control. En eso está Rodrigo, con la mano dentro del paquete de leche, cuando tiene la ocurrencia de verter todo el contenido sobre la cabeza de uno de sus compañeros. El éxito de la talla es total. Por segundos es el héroe de la clase. La estela de humo blanco que deja la leche desperdiciada nubla la vista de todos los alumnos de la Escuela 48 que atestiguan la diablura del niño Muñoz Marín. Pero la víctima del atentado escolar no lo deja pasar y corre inmediatamente a acusar a Rodrigo.

—¿Quién hizo esto? —pregunta el inspector, con el ánimo persecutor propio de su cargo.

—Fui yo —responde Rodrigo.

—¡Ya, a Inspectoría!

Para fortuna de Rodrigo, la fama de su mamá (que permanecía oculta hasta que Jorge acude al llamado del inspector) lo salva de un castigo más drástico. Al enterarse el director de la importancia política de Gladys y su esposo, cambia rápidamente el tono de la reunión. La leche esparcida por Rodrigo sobre la cabeza de su compañero pierde relevancia. Ahora lo importante es ver la posibilidad de que la diputada Gladys Marín interceda para ayudar a concretar el proyecto deportivo del colegio. Así es como una travesura infantil termina con la gestión de una mamá para donar mallas para los arcos de baby-fútbol, balones y otros implementos para la educación física de los niños de la Escuela 48 de Ñuñoa.

Serán los últimos recuerdos de una vida normal de un niño y sus padres, siempre ocupados al calor del sueño de la Unidad Popular que comienza a incendiarse. A la vuelta de la esquina, la violencia y el terror aguardan.

La casa de Cervantes siempre está llena de música y de músicos. Isabel Parra, la hija de Violeta, se ha convertido para los niños en la tía Isabel. Es tan cercana la relación que la Chabela —como le dice Gladys— lleva a Rodriguito al médico en micro en cierta ocasión en que su amiga, impedida por cosas de tiempo, se lo pide.

Entre el año 70 y el 73 la casa se llena de artistas, provocando que los niños se atrevan a desafiar, osados, las reglas de los papás. Una noche en el living se encuentra el famoso cantautor porteño Payo Grondona, con su bigote y su amable sonrisa dibujada sobre un rostro amplio y redondo. Acompañado por su guitarra, Payo canta algunas de sus canciones más famosas. Rodrigo solo lo ha visto por la tele, y desde su habitación escucha emocionado a quien considera un ídolo de la Nueva Canción Chilena. Entonces, pese a que recién lo han mandado a acostar, baja decididamente convencido de que “esto no me lo puedo perder”. El Payo canta con su suave voz una tierna melodía y alegra a todos los compañeros que tiene como público.

La Nelly y el Nelson, los días domingos, se van al parque a pololear;
trabajan toda la semana, esperando poder pasear.

La Nelly y el Nelson se van de la mano, como a otras parejas les gusta
soñar.

Los niños corriendo felices, no saben de su caminar.

La canción está incluida en el disco *Lo que son las cosas, ¿no?*, segundo álbum de estudio de Payo Grondona, publicado en 1971 por el sello Dicap, la mítica Discoteca del Cantar Popular, plataforma perteneciente a las Juventudes Comunistas lideradas por Gladys, que desde 1967 se dedicó a publicar a las y los artistas que no encuentran espacio en las compañías multinacionales, debido a sus líricas cargadas de discurso contestatario apegado a las ideas revolucionarias del momento.

Como a Payo Grondona, la Dicap distribuye la música de otros grandes artistas de la década, cuyos legados se convertirían, con el paso del tiempo, en leyendas. Víctor Jara, Quilapayún,

Inti-Illimani, Isabel y Ángel Parra, Los Blops, Illapu, Rolando Alarcón, Margot Loyola y Luis Advis son solo algunos de los referentes que sacan producciones hasta que el proyecto se acaba trágicamente.

Pero no todo es música en la casa de los Muñoz Marín. Avanza el año 1973. Rodrigo tiene doce años y Álvaro diez, pero ya son capaces de percibir que, desde la puerta hacia afuera, el ambiente está caldeado. Incluso en el propio barrio, que siempre ha sido una taza de leche, Gladys llega a ser hostigada por razones políticas, en días en que la política se respira en cada espacio del país.

En medio de movilizaciones a favor y en contra del Gobierno de Allende, el desabastecimiento y la hiperinflación, se comienzan a escuchar los discursos de jóvenes de dieciséis, diecisiete años que saben quiénes son los Muñoz Marín. A Rodrigo le empiezan a tirar cosas. Lo empiezan a molestar. Nada a lo que dar mayor importancia, hasta que un grupo de cabros de unos diecisiete años molestan a la Gladys en la calle, con palabrotas y gritos que buscan amedrentarla por su fuerte liderazgo en una izquierda asediada por la oposición cada vez más virulenta.

Al poco tiempo, el mismo grupo reaccionario, en la esquina de la casa, busca atemorizar a Jorge y los niños, lanzando comentarios anticomunistas a viva voz, con la idea de disminuir la moral del dirigente. Pero esta vez Jorge no lo deja pasar, y le responde a uno de los muchachos antiallendistas.

—Oye, ¿hasta cuándo van a molestar? ¿Por qué el otro día molestaron a la Gladys?

*

Ya nadie puede obviar el ambiente polarizado.

Los mismos vecinos que ayer pudieron compartir un partido de fútbol ahora asoman como potenciales enemigos.

El desenlace de la olla en ebullición en que se ha convertido la sociedad chilena se acerca.